



PASOS Y HUELLAS

Entrevista a Manuel Maza, s.j.¹ Profesor Asociado de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM)

Padre Maza, en junio de 2012 usted ingresó al rango de Profesor Asociado en la Carrera Académica de esta Universidad. Lo hemos seleccionado entre los profesores de ese grupo para hacer un reconocimiento a su trayectoria a fin de que sea un referente motivador para el profesorado.

1. En el contexto académico, usted es respetado y admirado como historiador e investigador. ¿Podría contarnos sobre estas dos facetas académicas?

Bueno, no sé si “respetado y admirado”, yo me siento muy querido, pero eso es corriente, pues los dominicanos y dominicanas son gente muy cariñosa.

A mí me atrajo la Historia desde siempre. Mi madre era una excelente narradora. Sus experiencias de niña y de joven se desbordaban en colorido, detalles, recuerdos precisos, comentarios simpáticos y justos. Eran de gran calidad, me sospecho que el ser una entre 11 hermanos -entre los cuales había varios expedientes simpáticos- le exigía competir por la atención de una audiencia impaciente. En sus relatos llenos de viveza ella reconocía sus fallos, sus travesuras. Ponderaba llena de admiración los rasgos extraordinarios de sus mayores. Ella te situaba delante de lo que te estaba contando, ni más ni menos, respetando el dato original e interpretándolo en su palabra y recuerdo.

Cuando estudié en un seminario de Nueva York, afiliado a la Universidad de Fordham, en el Bronx, tuve profesores extraordinarios. A mis

20 años, en una clase de unos 15 estudiantes, yo era Franklin Delano Roosevelt y conocía las intenciones de los japoneses de bombardear Pearl Harbor: ¿Las hacía públicas? ¿Dejaba que atacasen, para que la indignación llevara al indiferente pueblo norteamericano a una guerra que ninguno quería? Era el curso de Historia contemporánea de los EE.UU., con Herbert Janick, un entusiasta profesor, luego Decano de Historia de una universidad en New Haven.

Tomé un curso de verano con el joven Jack Wryn, s.j., que años después sería un excelente Presidente del St. Peter's University en New Jersey. Cada semana teníamos que entregarle los apuntes que tomábamos de los libros; él los leía todos y los anotaba. Podía decir: “¿Cómo dejaste ir ese detalle sobre Napoleón? ¡Se te escapó un dato vital para conocerlo!”. Éramos 50 en el curso y Wryn no nos perdía pie ni pisada, ¡a cada uno! Yo le propuse como examen final escribir entre todos un libro sobre el siglo XIX. Me tocó coordinar el libro. Se publicó en unos stenciles de alcohol que imprimían en letra morada. Yo produje las 4 páginas sobre Alejandro II de Rusia. Hace poco me desprendí de aquel mamotreto en letra morada.

En Chicago, en un centro afiliado a Loyola University, durante un programa de Master of Divinity tuve un profesor, Fr. Butler, s.j., que nos llevó de la mano a conocer la problemática de la Iglesia en el siglo XIX. ¡Qué clases tan amenas!

¹ Doctor en Historia de América Latina por Georgetown University y Magíster en Estudios Religiosos por la Universidad de Loyola; ambas instituciones en Estados Unidos. Licenciado en Teología Fundamental por la Universidad Gregoriana, Italia. Desde 1987, profesor-investigador en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Campus Santo Tomás de Aquino, y desde el 2012, Profesor Asociado de esta Universidad. Actualmente es el Superior de los Jesuitas en la región del Cibao.

De 1969 a 1972, estudié tres años en Eegenhoven, Bélgica, y no ver el sol me afectaba mucho. El primer verano, me conseguí un trabajo como empleado de la Biblioteca de la Universidad Gregoriana. Los jesuitas viejos se encariñaron conmigo y en mis días libres, cada uno me enseñaba su especialidad. Un historiador de Derecho Romano, me enseñó el Foro Romano y el Campidoglio; otro me llevó a la Villa Adriana. Unos jesuitas de Nápoles me pusieron en Pompeya. En la noche, me brindaron la mejor pizza de mi vida en un tarantín de la costa.

Años más tarde, terminé mi quinto año de teología en la Gregoriana, de nuevo en Roma, que es una ciudad increíble. Hay varias Romas. La Roma imperial, la de los primeros cristianos en las catacumbas, y las iglesias. La Roma de los Papas está por todas partes, desde acueductos y vías hasta museos que te fatigan de caminarlos, pero no de verlos. La Roma del Renacimiento, del Risorgimento, la Roma de las ruinas que te dejan chiquito ante su magnitud y sus técnicas. Hay obras de artes cuya fidelidad a la historia te deja asombrado. Recuerdo como si fuera ahora la columna de Trajano, o los bajo relieves del Arco de Tito en el Foro.

Pudiera escribir todo un ensayo acerca de cómo el ciclón David me llevó de párroco en Los Guandules a Ph.D. en Georgetown University, Washington, D.C. Yo tengo un doctorado de 6 años y medio por Los Guandules. Esa fue una puerta a una historia poco contada del pueblo dominicano. Gentes de todas partes del país con sus esperanzas y fracasos, levantando su familia honradamente. Cada día, de mañanita, tal vez con un pan vacío y un chin de café entre pecho y espalda, subiendo a la 17, a buscar el concho o la voladora. Los Guandules, con sus mujeres de plancha en mano y frituras interminables, dulces, anafes y bateas acaba-gente, y miles de niños callejoneando debajo de un tendido eléctrico lleno de chichiguas martirizadas como si fueran los sueños del barrio. A las chichiguas las entierran en el cielo, y la corrupción política entierra con paletadas de promesas las esperanzas de la gente pobre.

Estudiar en Georgetown University (1981 - 1982 y 1984 - 1987) fue duro. En 1984, empecé un doctorado de tres años a los 39. Yo era el más viejo de mi grupo. La erudición y competencia de algunos de mis profesores era increíble. Una vez fui a buscar un artículo sobre la Iglesia Católica y la esclavitud en una enciclopedia (yo estudié sin internet), y el autor del artículo era mi profesor, Emmett Curran, decano del Departamento de Historia! Fui asistente de Thomas Dodd, un profesor enamorado de la enseñanza y de América Latina. Estudié bajo la tutela del Dr. Helde, que enseñó metodología de la Historia a varias generaciones, en unas clases de 3 horas que se iban volando y jamás mostró ni la más humilde transparencia (las diapositivas PowerPoint de la época). El Dr. Luis Aguilar León nos narraba sus años en la Cuba de los 1950 donde fue periodista de prosa valiente. El Dr. Kaminsky nos enseñó a pensar y analizar la Europa de los años 1930, donde se cocinaron tantas desgracias.

Mi director de tesis merece un sitio aparte, el Dr. José Manuel Hernández. Él había sido alumno de mi padre en el Colegio de los Jesuitas de La Habana. Papá, un laico amigo de los padres del Colegio, fue contratado para sustituir a un jesuita profesor de química que murió de repente. Hasta el día de hoy, siempre que voy a Miami me reúno con el Dr. Hernández, un joven de unos ochenta años. Sigo aprendiendo. Está muy cerca de publicar una historia de las revoluciones cubanas. La competencia del Profesor Hernández era tan reconocida, que incluso retirado de la Universidad continuó siendo el encargado de la sección sobre el Caribe para el Handbook for Latin American Studies de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. A su casa de Miami llegaban cajas de libros para que opinara sobre ellos.

De lo que he trabajado como historiador, lo que vale son unos 5 libros sobre la Iglesia en la sociedad de Cuba del siglo XIX. Llegué hasta ahí gracias a la generosa dedicación y admirable competencia de mis profesores. Es un privilegio haber recorrido parte de la ruta junto a ellos.

Debo decir que mis investigaciones sobre Cuba entre 1895 y 1898 son pioneras, pero no por mi mérito. Yo estaba en España, en 1985, buscando las Cartas Pastorales de los dos Obispos de Cuba durante la guerra del 1895 al 1898. Un padre viejito cubano quería que yo lo visitase. Había sido gran amigo de mi padre. Me costaba dedicar una tarde a ese proyecto, dadas las distancias entre este servidor y el padre, y lo que iba encontrando en la Biblioteca Nacional y el Archivo Histórico era fabuloso. Sin embargo, fui a verle. En esa visita me presentó a un hombre muy mayor, E. Díaz de Cerio, s.j., querido y respetado profesor de la Universidad Gregoriana. Luego de 12 años de trabajos, junto a más de 40 alumnos, había resumido y clasificado todas las cartas de los Obispos de España a los Nuncios de su Santidad en Madrid desde 1791 a 1903. Era unas 26,000 cartas, ya localizadas y resumidas. Un trabajo de Cíclopes. Debido a los Concordatos y privilegios de los Reyes de España, los Obispos no se relacionaban directamente con el Papa, sino a través del Nuncio de Su Santidad. Cada Nuncio guardaba celosamente en cajas los documentos, en diversos files...una caja podía contener más de 10 files y cada uno, unas 100 cartas más otros documentos diversos. En tres volúmenes impecables, Díaz de Cerio y sus estudiantes habían abierto una mina de oro a cielo abierto para cualquier investigador. Ahora se conocía el contenido resumido, claro está, de todas las cartas de cada obispo ordenadas cronológicamente, y lo increíble, isu localización dentro de un bosque de cajas y files! Con el corazón en la mano, le pregunté: ¿Y usted encontró cartas de los Obispos de Cuba?, ¡Pero claro, Cuba era España! ¿No es así?, me respondió.

Regresé a Washington DC. Mis documentos me habían encontrado a mí...Pasé casi 4 meses fotocopiando, mañana y tarde, en el Archivo Secreto Vaticano, acertando en mis búsquedas el 100% de la veces. Algo que pasmaría a cualquier historiador.

Como yo hablaba italiano, desde mis años de licenciado en Teología, me hice amigo de los empleados, “tifosos” como yo del equipo de Roma. Fueron ellos los que me introdujeron a un archivo más importante que el “Archivo Secreto”, se trataba del Archivo de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Una nueva mina... y otro mes y medio fotocopiando... Me trataban con gran deferencia. Uno de mis colegas, como empleado de la Biblioteca Gregoriana en 1970, ahora en 1986 era todo un jefe en la Biblioteca Vaticana. Todas las puertas estaban abiertas para mí. De todos esos papeles y andanzas emergió mi tesis: “Entre la ideología y la compasión. Guerra y paz en Cuba, 1895 - 1903”. Y otras 4 obras.

Pude investigar por cinco motivos: la PUCMM me permitió investigar y escribir todos los veranos. La Comunidad Jesuita de Georgetown me brindó su hospitalidad para residir allá los veranos. El personal de la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso de los EE.UU. me brindó todo su apoyo y el Instituto Pedro Francisco Bonó también me liberó los veranos. Finalmente, varios amigos y amigas de varios países, sobre todo RD y EE.UU., me apoyaron económicamente para trasladarme, y luego publicar. Sin esos cinco factores yo no hubiera llegado a la esquina. Debo a la Madre y Maestra mi primera publicación sobre Cuba, “El Alma del Negocio y el Negocio del Alma” (1990).

Cuando iba a publicar mi tesis doctoral, le informé a Mons. Meurice, entonces Arzobispo de Santiago de Cuba:

Maza: - Monseñor, voy a publicar unas investigaciones que dejan mal parada a la jerarquía católica en Cuba.

Monseñor: - Manolo, ¿y tú crees que lo que has encontrado corresponde a la realidad, que es verdadero?

Maza: - Sí, Monseñor.

Meurice: - Maza, pues publícalo, que nos hará bien.

La Conferencia del Episcopado Cubano me ha animado mucho en varias ocasiones. En mis viajes a Cuba, he descubierto que muchos cubanos han leído mis obras, francamente no sé cómo. Mons. Pedro Meurice Estiú (1932 - 2011) me alentó mucho al encargarme de encontrar las intervenciones del ahora Venerable Pbro., Félix Varela, en las Cortes de España durante los años 1822 - 1823. Publiqué esas investigaciones en la obra “Por el honor y la vida”; luego fui parte de un documental sobre Varela realizado por una empresa brasileña. El documental ha sido pasado muchas veces por un canal católico de los EE.UU., y se ha vendido como documental.

2. Nos gustaría conocer cómo fueron sus inicios de profesor en la PUCMM y la evolución de sus funciones en la misma.

Llegué a la PUCMM en el verano de 1987, de la mano del P. José Luis Alemán, s.j., amigo y compañero querido. Había trabajado con él en 1968 en una investigación. Empecé como Director del Departamento de Estudios Teológicos y Humanidades, pero me di cuenta que lo administrativo no me dejaría escribir.

Me dediqué a dar clases de Fundamentos de la Cultura Occidental, y varias veces, de Historia Dominicana. Siempre me ha gustado la Teología, he dado muchas veces el curso La Persona de Jesús y de esos cursos nació el libro, Queremos ver a Jesús, que ha tenido tres ediciones.

Profundicé mucho en la relación entre la Iglesia Católica y la sociedad en Occidente, pues también mis compañeros jesuitas me pidieron que cooperara con cursos de Historia todos los semestres, tarea que mantuve durante 25 años.

De todos esos cursos, fui elaborando unos apuntes, son más de 200 páginas de Historia Antigua y Media, otras tantas de Moderna y Contemporánea; unas 300 páginas y más de Historia de la Iglesia y otras 200 de Historia de América Latina, a nivel introductorio. No creo que me meta a publicar eso, pero me ha servido para tener una guía para las clases. Algunos de esos textos están disponibles en www.manuelmaza.net igual que muchos materiales en PowerPoint.

Desde 1987 me interesó trabajar en Educación Continuada en las áreas de Teología e Historia de la Iglesia. En la PUCMM, Campus Santo Domingo, siempre conté con el apoyo entusiasta del personal de lo que es el Centro de Tecnología y Educación Permanente (TEP) hoy en día. Por lo menos dos veces al año y a veces tres, tomábamos un libro y lo leíamos y discutíamos en clase. A veces, la gente no cabía, y cuando menos fueron, pasaban de 30 y 40. Gente que, después de su trabajo, iba a crecer a la Universidad. La asistencia era buena por el apoyo de otros. Los cursos de nutrieron de mucha gente de la misa de 11:00 a.m. de la Parroquia Universitaria Santísima Trinidad, de la Comunidad de Vida Cristiana, Cursillistas de la Renovación Carismática, Catecúmenos, Comunidades de Base, sacerdotes, religiosas, profesionales de todo tipo. Nos juntábamos para una Eucaristía a las 5 p.m. y luego clase de 6:00 a 7:40 p.m. Los últimos años, la Eucaristía y las clases eran en El Carmelo, bajo la dirección de las Carmelitas Teresas de San José, amigas generosas de la Madre y Maestra en Santo Domingo.

3. Usted ha publicado varios textos dirigidos al estudiantado universitario y sabemos que ha disfrutado mucho el hecho de haber trabajado en esto. ¿Cuáles temáticas abordan estos textos, qué le motivó a escribirlos y que retroalimentación ha recibido del público que los ha leído?

Mis publicaciones más conocidas son una colección de narraciones navideñas con el título *A Belén para amar y servir. Cuentos de Navidad para niñas y niños de todos los tamaños* (2002).

En el 2008 publiqué el folleto *Jóvenes entre montantes y faros*. En mayo del 2009 publiqué *Amores y chichiguas, ejercicios para encampanar y volar las amistades y amores con más verdad y conocimiento de la fortaleza del hilo propio, el viento y el peso de la cola, evitando los enredos mortales en cables entrometidos y el irse en banda*. En el 2011 publiqué dos folletos para jóvenes: *A la hora de escoger carrera y Lo gráfico del mono: un trabajo monográfico*,

¿cómo orientarlo para disfrutarlo y terminarlo? Consejos y ensalmos para escribir monográficos, ensayos, tesis, seminarios y otros espantos nocturnos con fecha límite de entrega. En el 2012, Caja de herramientas para investigadores, profesores, estudiantes y aficionados a la historia.

He publicado 5 libros que hacen accesibles los Ejercicios de San Ignacio de Loyola a cualquiera: *Meditaciones para amar y servir, Desplegando la Vela, Dioses que no salvan, Vengan verán, Dios lo resucitó librándolo de las ataduras de la muerte.*

4. Su vida académica la ha desarrollado junto a su ejercicio sacerdotal y pastoral, en especial con la juventud. Cuéntenos cómo ha vinculado estas dimensiones en su vida y de qué manera logra nutrirlas.

Como cristiano y presbítero de la Compañía de Jesús, siempre he pensado que la Buena Noticia tiene que ver con la Verdad. ¡Qué privilegio poder interactuar con gente joven, en una edad en la que se busca la Verdad! ¡Qué oportunidad: padecer la confrontación con hombres y mujeres sinceros, capaces de detectar las más mínima sombra de hipocresía! Darle clases a gente joven es abrir una ventana a la luz y la vida y dejarte medir por ellos.

Jesús de Nazaret es una figura clave en la historia por sus planteamientos éticos, y hablando desde la fe, por esa apertura hacia una vida diferente que nos trajo. Ha sido una alegría compartir lo que he captado sobre Jesús con la gente joven. Mi trato con los jóvenes me lleva a tomar más en serio la Buena Noticia y la misma Buena Noticia es lo mejor que les puedo ofrecer.

Mi fe se ha nutrido de la celebración de la Eucaristía. En Santo Domingo, celebré a las 5 p.m. en una capillita, casi todos los

días. Y durante 24 años todos los domingos a las 11:00 a.m. Esa comunidad me enseñó a escuchar con el corazón la Palabra de Dios. Tuve que inventarme unos cuentos para los niños y niñas. Yo decía, “el cuento de los niños”, hasta que una niña me regañó: “di también, el cuento de las niñas”.

Diariamente celebro la Eucaristía, oro media hora, voy meditando la Palabra o algún autor espiritual. Durante años, he meditado a Piet Van Breemen y a Albert Vanhoye, en su comentario sobre la Carta a los Hebreos, también el Evangelio de Juan y sus cartas. He meditado despacio las encíclicas del Papa Benedicto XVI, se las recomiendo. Al final del día reviso la jornada. Ignacio lo llama el Examen. Tiene 5 puntos excelentes: a) dar gracias por el día, b) pedir gracia para mirar el día, c) mirarlo para arrepentirse y agradecer, y sobre todo, d) para preguntarme por dónde pasó el Señor por mi día y e) con su gracia, proponer algo para mañana y dar gracias por este rato.

Una vez al año, los jesuitas sacamos 8 días para practicar los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, un método para sentir y gustar la propuesta del Señor en la vida propia, para librarse de muchas trampas y atreverse a desear y elegir lo que más conduce al proyecto del Señor. Los Ejercicios me enderezan el timón del corazón cada año.

A mí me han marcado mucho los compañeros con los cuales he tenido la dicha de convivir. He caminado junto a gigantes del espíritu. Menciono tres jesuitas que fueron profesores de la PUCMM, los PP. José Luis Alemán, Juan Manuel Montalvo, Luis Orúa San Martín. De cada uno, ya se ha escrito por lo menos un libro. Nadie habla de ellos sin emocionarse. Yo cené y jugué dominó con ellos, y compartí en Playa Grande con Alemán y un grupo de



jesuitas conversaciones interminables, arreglando la economía de este mundo mal repartido, nuestra Iglesia y el país, mirando las estrellas. Fue Juan Montalvo quien me llevó al Pico Duarte en enero del 1976 y luego subí 11 veces más por mi cuenta. Con Luis Orúa viví 6 años en un rancho en Los Guandules, compartiendo el pan y la fe con aquel santo de Dios, que los niños abrazaban con dulzura, como si abrazaran un pajarito; y yo lo veía orar en una enramada en la madrugada, con su tacita de café, despertando al sol y la aurora con sus rezos.

5. Ser profesor universitario es una tarea que enfrenta muchos retos, sobre todo en un país que tiene tantos desafíos en la educación a todos los niveles ¿Qué nos puede decir a los profesores, que día a día asumimos la tarea de enseñar con la mejor calidad posible?

Que los muchachos se puedan enfrentar con los grandes autores. No se trata de llevarlos de la mano a ver leones de circo, sin dientes y apestosos, ni visitar al león del zoológico, lavado a manguerazos, se trata de tirarse en la jungla junto con ellos para caminar los senderos, y saber que el león nos está oliendo y midiendo a toditos, mientras se moja el hocico con la lengua. Hay que traer la vida al aula, para que ellos lleven la clase a la vida.

Necesitamos romper las pasividades, inquietar a los espectadores. Que el estudiante sepa qué se busca y por qué, cómo será evaluado, qué competencias ha de adquirir y con qué fin. Hemos de crear mayores sinergias. Hay estudiantes que llegan con grandes carencias y les valdría tomar cursos de lectura y redacción. Otros avanzan rápido, habría que desafiarlos con cursos diferentes.

6. ¿Qué reflexiones y sugerencias quiere compartir con los gestores académicos y administrativos de la PUCMM frente a las responsabilidades que como institución católica de educación superior asumimos en este momento?

Comunicar con nuestras actitudes que otro país es posible. No dejarnos vencer por el cinismo galopante que se ha enseñoreado de

medio mundo, ni por la Señora Impunidad, criadora de monstruos y engendros de *maco con cacata*.

Necesitamos hacer conexiones locales, vincularnos con proyectos entre gente pobre para servirlos, servir a sus docentes. Que los muchachos aprendan otro idioma, y también se den un baño de pueblo, organizado con la prudencia que la delincuencia rampante pide. Los profesionales han de conocer las aspiraciones y luchas del pueblo para junto con ellos militar en la vida pública.

Todo católico -nos lo han enseñado todos los papas desde León XIII hasta Benedicto XVI que renunció hoy, cuando escribo esta página- tiene que asumir su responsabilidad de cara a la sociedad. Eso quiere decir que nos toca ser competentes. El enfermo más grave necesita el mejor médico. Y este país, sociedad y corazón, está enfermo (ver la pastoral de los Obispos del 21 - I - 2013, <http://conferenciadelepiscopadodominicano.com/cartas-pastorales/520-carta-pastoral-enero-2013>).

La universidad nos debe preparar para articularnos; solo articulando muchas fuerzas y competencias podremos librarnos de la tiranía de la corrupción y de las cúpulas fosilizadas de los partidos, plaga denunciada por los Obispos dominicanos en su mensaje del 27 de febrero, 2012 (<http://conferenciadelepiscopadodominicano.com/cartas-pastorales/218-mensaje-27-de-febrero-2012>).

Bueno, si han llegado hasta aquí, me han dado más atención de la que merezco.